

EDITORIAL

PROBLEMAS DE EMIGRACION

El fenómeno de la emigración es muy antiguo. Y no es nueva, en absoluto, la preocupación por los problemas que plantea. Sin remontarnos mucho, es verdad, entre nosotros se le dedicó la solemnidad de una Semana Social, hace pocos años; la celebración tuvo lugar en Galicia, región que tanto sabe de los emigrantes; cifra impresionante la que entonces se dio: un millón setecientos mil gallegos viven en emigración, frente a los dos millones setecientos mil que viven en Galicia.

Entonces, y en otras diversas ocasiones, con conferencias y artículos, la consideración y preocupación se ha llevado más bien, y casi exclusivamente, hacia el emigrante; y serios son sus problemas: despedida de España, adaptación a la nueva patria, incertidumbre ante el porvenir... Los organismos nacionales e internacionales se esfuerzan por encontrar solución completa o aminorar el grado de la dificultad.

* * *

Pero hoy día, concretamente en España, empiezan a crear serio problema los que marchan. Escasea el servicio doméstico. El campo se alarma ante la fuga de brazos jóvenes. Falta mano de obra especializada en la industria. Una empresa de importancia, por ejemplo, acusa en una Junta general, que en poco más de un año se le han marchado 300 obreros especializados. En la prensa se leen anuncios de solicitud de este tipo de operarios.

La absorción tentadora del extranjero se hace sentir. Son ya 50.000, o más, los españoles que trabajan en Alemania, y salen mil más cada semana. Y otro tanto ocurre con nuestras fuerzas juveniles campesinas: temporeros que marchan a Francia, a Suiza... con peligro de dejar desamparadas las necesidades agrarias. El servicio doméstico, ya hace tiempo en crisis, huye hacia Bélgica, Alemania, Australia; para el servicio doméstico, o para enrolarse en empresas que, dejando más libertad por una parte, ofrecen una remuneración mejor.

Como para repetirse, una vez más, lo que en reciente discurso, en Ginebra, ante representantes del CIME, decía nuestro Ministro de Trabajo: "A lo largo de cuatro siglos España envió lo más florido de su juventud hacia los grandes espacios vacíos... Su esfuerzo fue tan intenso y estimado, que en su propio suelo languidecían incluso las actividades públicas fundamentales, mientras más allá de los mares, brazos españoles erigían monumentos que aún atraen la consideración de las gentes."

En la Semana Social española sobre emigración se comentaba: Una manifestación tal, abarcando a tantos miles de familias, da la impresión de toda una sociedad que se halla en quiebra y que se lanza a la aventura. Durante el período de 1950 a 1960, un seis por ciento de la sociedad española habrá cambiado de residencia; y siguiendo este ritmo, una sola generación habrá visto desplazarse más de cinco millones, una sexta parte de la población total de España.

Siempre desde el punto de vista nacional —porque individualmente muchos encuentran una altura económica que aquí no tenían—, sobre esta pérdida de riqueza de inteligencias y brazos, lo que puede ser pérdida irreparable en lo religioso: en ambientes materializados, o acatólicos, ¿qué impacto no recibirán, como para aflojar en su preocupación religiosa y no sentir cargo de conciencia ante la formación de los hijos? Por supuesto que casi necesariamente se dará un bajón en el sentido de patria cuando otros climas les han abierto el porvenir.

Italia es el país que más necesita la emigración; y se ha producido el fenómeno intensamente en los tiempos modernos, alcanzando, en 1913, la cifra de 872.590. Las guerras en que se ha visto envuelta hicieron bajar la cifra, pero en 1951 volvió a ver partir hacia el exterior a 135.096 emigrantes.

La emigración española da unos 65.000 anuales: hasta hace unos años marchaban preferentemente hacia Argentina, Venezuela, Brasil; hoy día llama con más fuerza Alemania, sin olvidar Bélgica, Francia, Australia... La geografía y la historia han empujado al español fuera de sus fronteras.

España necesita emigrar. Aumenta su población en unos 300.000 habitantes; y solamente la mitad puede ser absorbida de una manera adecuada en las fuentes de producción nacional.

* * *

Pío XII trató directamente el problema de la emigración, entre otras cosas, invocando el respeto al derecho de la familia por un espacio vital. Y aun cuando admitiendo el deber de comunicar bienes las naciones ricas con las que carecen de lo necesario o conveniente, ponía en guardia contra una que podía ser caridad no bien entendida: "En vez de expedir con grandísimos gastos los alimentos a las poblaciones prófugas, amontonadas en cualquier sitio, ¿por qué no facilitar la emigración y la inmigración de las familias, dirigiéndolas hacia las regiones donde encontrarán fácilmente los víveres de que tienen necesidad?" Los Obispos de Australia, en 1951, con alta dignidad reconocían la culpabilidad de Australia al haberse cerrado a la emigración de las masas hambrientas de Asia, llamando a la conciencia de los australianos y a su generosidad para afrontar el problema de los pueblos que tan cerca de ellos padecen hambre.

Deber de todos es, por exigencias del bien común, hacer frente al problema: de emigrantes y de las naciones que les abren sus puertas; de los que parten y de los permanecen en el suelo patrio. Una actitud colectiva de despreocupación es injusta para con el emigrante, con violación de justicia social por el mal que de tal despreocupación se origina; que, además, refluje en perjuicio de todos por esa ausencia de solidaridad.

De nuevo unas palabras del Ministro de Trabajo, en Ginebra, y después de citar una frase del Presidente de los EE. UU. —“nuestra seguridad puede perderse sin disparar un solo proyectil, sin que un solo hombre cruce la frontera”—: “sin justicia social internacional no puede haber paz sólida ni duradera”. Y valen las razones para el plano nacional; por eso, buscando soluciones nos parece acertado el que “en los planes que España está desarrollando actualmente pueda preverse, en un plazo próximo, una intensa absorción interna de nuestros excedentes de población, que están siendo fijados en las nuevas industrias y mediante la colonización agrícola de áreas muy extensas y feraces”. Y más adelante: “Tras de haber sobrepasado la dura necesidad de su estabilización económica, España ha iniciado resueltamente un vasto plan de desarrollo industrial y agrícola que implica no sólo profundos cambios en la estructura de la nación, sino también la creación, en unos quince años, de dos millones más de puestos de trabajo. Pero el peso de un censo demográfico que aumenta muy velozmente y que gravita sobre todo en amplios sectores de nuestra economía rural nos obliga a mantener un sistema elástico para encauzar los excedentes de población.”

La progresión de la población humana, combatidas eficazmente muchas de las enfermedades que la diezaban, es decidida y para algunos, con sentido más o menos pronunciado del lado de Maltus, alarmante. Hay recursos mundiales inexplorados aún suficientemente y que darían, con la debida elaboración, recursos sobrados, pero a escala mundial, con la realidad sangrante, en cambio, de que gravite la escasez sobre las masas más numerosas y en los terrenos más pobres y más desgastados.

En el área nacional suele ocurrir lo mismo. Por lo que sea, sin dejar en lugar secundario a la moral, la natalidad es superior en las zonas menos desarrolladas industrialmente, y con un suelo más rebelde. Hay riquezas nacionales, pero encerradas frecuentemente en zonas limitadas. “Algunas de ellas que hoy cuentan, quedaron encerradas en límites nacionales cuando aún no se sospechaba lo que llegarían a suponer; por ejemplo, la hulla, el petróleo o los minerales radioactivos; la voluntad de

excluir a los demás del disfrute de estas posibilidades ha venido después. Jurídicamente cabría catalogar estas riquezas como tesoros ocultos, y es dado pensar que estas riquezas, que la Providencia reservaba para su hora, para la de las grandes necesidades creadas por el aumento de población, no están muy equitativamente puestas al servicio de la humanidad." (Sr. Obispo de Tuy, en la S. S. española XVIII, 1958.) Esta consideración tiene muchos matices; entre otros, el que apuntábamos arriba: si varias de las zonas ricas, por industria desarrollada o subsuelo minero, son pobres en natalidad, han necesitado la inyección de personal de otras regiones; sin ello, la catástrofe de la falta de brazos pararía la industria o la iría recluyendo progresivamente. Ha habido aportación de esa riqueza humana —que por necesidad, o mejor por conveniencia, ha huido, sí—; justo es que tenga en compensación facilidad para el disfrute de aquello en que, en la explotación o elaboración, ella ha tenido cooperación esencial.

¿Es la hora dorada del productor de clase?, se pregunta un articulista de una de nuestras revistas financieras. Si la absorción extranjera así lo hace sospechar..., ¿se siguen olvidando algunas empresas, que lamentan la escasez de mano de obra especializada, de la conveniente —justa— remuneración? ¿Se quiere, suicidamente, desconocer que son éstos tiempos en los que tener mano de obra especializada es una buena inversión, si se la sabe encarrilar para que dé un buen rendimiento, y no cabe duda que será ganar psicológicamente, y económicamente, al trabajador para la empresa?

Una consideración ante la emigración femenina; pensando en la escasez del servicio doméstico, y sin generalizar, precisamente porque sabemos del recto proceder de no pocas amas de casa. La hacíamos ya cuando empezaba el funcionamiento del Montepío: un gozo y una pena, decíamos. Pena, porque parece que se impone un arreglo de Ley necesario cuando ha desaparecido casi el concepto de familia agrandada, que debió ser el servicio doméstico; cuando el servicio se despega del hogar en el cual, sobre una remuneración baja, se carece de esperanza de lograr una solución para tiempos de vejez e invalidez. Gozo por-

que por el Montepío se ve atendida esta clase que presta un servicio más delicado que ninguno, por su intimidad y vinculación con la familia.

Oficialmente, esta justicia social se manifestará en disposiciones, decretos, leyes, que patrocinen a los emigrantes y que haga menos apetitosa la salida por las perspectivas de un bienestar mayor en la patria.

Conocidos son los fenómenos sociales que se producen entre los inmigrantes: asimilación, con su proceso; cultura, ambiente, religión, bienestar económico, adaptación, según edades y sexos; matrimonios mixtos, hábitos morales... Urge el estudio a fondo de la preparación que necesitan nuestros emigrantes; de otro modo, por el contraste económico, moral, religioso, cultural, hay peligro de una reacción tal que tengamos que lamentar como irremediable aquello que con preparación se hubiera evitado, o en grado notable, aminorado.

Por supuesto que queda como exigencia urgente el adaptar e intensificar la Pastoral entre los inmigrantes.